

VIDA ANIMAL Y GANADERIA DE SUD AFRICA

por el Dr. Mauricio B. Helman

Señor Presidente; Señoras; Señores:

Conocer la República de Sud Africa es afirmar con muchos fundamentos, que simboliza el paraíso de los animales. Quién lo desee puede tomar contacto sin riesgos con las fieras más temibles o participar en un safari principesco. Pero además, en sus vastas praderas se desarrolla una ganadería de avanzada, que la ubica entre las principales naciones productoras de carne, leche, lanas, cueros y pieles, plumas, etcétera.

Ocurre que es un país que en su millón doscientos mil kilómetros cuadrados de superficie ofrece contrastes exóticos y hasta espectaculares. Ubicado en un extremo del continente negro —al cual imaginativamente se lo considera en un extremo de la civilización—, impacta al viajero que recibe por doquier vaya la impresión de una cultura avanzada, con modernísimas y pulcras ciudades y gran ordenamiento urbano, elevados niveles económico y social, magnífica red caminera trazada por todo el país, cuyo recorrido muestra inacabables campos esmeradamente cultivados y ganados selectos, o bien conducen a centros de gran atractivo turístico y a reservaciones naturales que son apasionantes refugios de la fauna africana.

Comprendido por latitudes tropicales —entre los paralelos 22° y 35° de latitud sud—, no obstante posee un clima agradable al atemperarse el calor estival con la altitud de 1.200 m. sobre el mar que

prevalece en casi todo su territorio. Pero el ambiente es de carácter tropical: la naturaleza laterítica de los suelos, con escasísima capa superficial de humus, a alto costo debe ser constantemente abonada —insume dos millones de toneladas anuales de superfosfatos— para el cultivo de cereales y oleaginosas o para implantar pasturas; existen las dos estaciones climáticas típicas: veranos con lluvias —desde mil milímetros en la costa hasta 125 en zonas desérticas— e inviernos secos que determinan verdaderos cuellos de botellas nutricionales para el ganado y le exigen grandes condiciones de rusticidad.

La fauna africana.

El gobierno sudafricano mantiene programas conservacionistas de la fauna y la flora en gran escala, adoptando disposiciones científicas y prácticas para evitar la desaparición de los especímenes naturales propios del país. A la par persigue fines culturales, deportivos y turísticos, que son digno complemento de la cultura ciudadana. Crearon en distintos lugares parques nacionales que cubren una gran extensión territorial y en los cuales se adoptan todos los recaudos para que los animales salvajes lleven una vida natural no obstante estar cercados, y al propio tiempo, facilitar el acceso y su visión por parte de los visitantes locales y extranjeros.

Una de las mayores y más conocida reserva es el famoso Parque Nacional Kruger, situado en el Transvaal Oriental, en la frontera con Mozambique. Trátase de una enorme franja de campos agrestes, con una superficie de 19.000 km². que se extiende con un largo de 320 km. y un ancho de 65, y ya desde el río Limpopo al norte hasta el río Crocodile al sur. Su perímetro está totalmente cerrado por un alta alambrado tejido de seguridad y cuenta con 1.600 km de carreteras, muchas de ellas asfaltadas, que cruzan el parque de lado a lado, entre zonas de pastos y abrevaderos, permitiendo observar una gran variedad de animales salvajes que viven en libertad.

Existen varios campamentos de descanso, con confortables dormitorios y comedores que facilitan el traslado de los visitantes en automotores, y por otra parte, para recorrerlo en toda su extensión

al parque, se precisan varios días. Los viajeros deben ajustar su conducta a normas muy rígidas, y para la protección de sus vidas, está terminantemente prohibido descender de los vehículos, salvo en determinados centros de observación de las fieras y bajo la estrecha vigilancia y cuidado de personal fuertemente armado.

Realmente fue exitante y emotivo para el grupo de ganaderos argentinos a quienes acompañaba en esta excursión técnica y didáctica, la visita de dos días al Parque Kruger que realizáramos en el mes de abril último, viajando todos juntos en un microómnibus.

A modo de prólogo de esta narración, señalamos que después de cruzar el Atlántico en poco más de seis horas en jet de Varig y arribar a la ciudad de Johannesburg, moderna capital de Sud Africa y centro financiero, del comercio y la industria, emprendimos viaje dos días después rumbo al parque. Partimos del magnífico Hotel President a hora temprana, transitando por una magnífica carretera que entre jardines y barrios residenciales lleva a la ciudad de Pretoria, la capital administrativa, de hermosos edificios antiguos y modernos, y calles arboladas con jacarandás. Pasamos por las minas de oro —la gran riqueza sudafricana, que extrae el 80% del mundo— y así comenzamos a cruzar buena parte de la rica provincia del Transvaal, con rumbo nordeste hacia el importante centro industrial de Piettersburg, transitando siempre por carreteras perfectas que siguen por campos llanos, poco fértiles en apariencia, con cultivos de maíz, sorgos y pastoreos, totalmente desprovistos de árboles (sólo está forestado el 1% del país), y después de pasar por una zona de montañas no muy altas, dedicada a la ganadería, arribamos esa noche a la citada ciudad.

Al día siguiente madrugamos en el modernísimo motel Holiday Inn dispuestos a conocer el más grande y famoso santuario de animales salvajes del mundo. A poco de salir de la ciudad, la diversidad de paisajes naturales del Transvaal se nos ofrece con toda intensidad: los vastos campos de apariencia inculta, con profusión de piedras que afloran del subsuelo —como en casi todo el país—, muestran la escasísima cobertura de sus suelos lateríticos levemente colorados, plagados de malezas, arbustos y simétricos cactus; a veces, chozas de forma cónica y techos de pajas denotan la presencia de

algunas reservas para negros, que están supervisadas por un comisionado del gobierno, y de las que hay ocho en el país, que están destinadas a constituir una república independiente dentro de la federación, con constitución y gobierno propios. Llegamos rumbo este a la ciudad de Phalaborwa, a corta distancia de la entrada del parque. La naturaleza agreste de los campos nos da una imagen del panorama salvaje que nos aguarda; es sin duda un marco propicio para los animales silvestres y las fieras contenidas dentro de sus enormes límites. Atravesamos con el micro una aparatosa portada ornamentada con enormes cráneos de elefantes e iniciamos el recorrido que nos llevaría hasta la noche. A cada paso recibimos el impacto de la aparición de gráciles grupos de ciervos impalas y gnú azul, que a poco de observarlos emprenden veloz carrera dando saltos altísimos entre los arbustos y arboledas que llenan el paisaje, realmente agreste. De pronto aparecen elevándose sobre el follaje, elegantes jirafas, por lo común en parejas, estáticas y atentas o con movimientos leves. Numerosas tropas de obesas cebras pueden verse apacentando en las espesuras o huyendo raudamente. A medida que avanzamos por la ruta o seguimos caminos interiores, las escenas se repiten, pero también vemos búfalos, jabalíes, y al acercarnos a los cursos de agua, cocodrilos e hipopótamos. Sin duda lo más impresionante es cuando hacen su aparición los enormes elefantes de cuatro mil kilos, que impetuosos avanzan hacia nuestro vehículo, pasando atronadores a escasos metros arrancando árboles que encuentran a su paso y que con su trompa arrojan a distancia.

Entre exclamaciones de sorpresa o admiración —y por qué no de temor—, las cámaras y filmadoras trabajan a tenso ritmo, pero lógicamente todos aguardamos en vano la presencia del rey de la selva; apenas vemos sus enmarañados escondrijos en los cúmulos de piedra.

Al día siguiente, recién amanecía cuando retomamos el camino hacia el sur del parque, y seguimos el curso muy ancho del río Letaba, ahora con poca agua que deja una prolongada y amplia playa arenosa, en la que se marcan numerosas pisadas de las fieras; vimos desde el camino, cocodrilos, búfalos de agua, e hipopótamos nadando o flotando a lo largo del río. Conjuntos de monos hacen su aparición a nuestro lado, rodeando al vehículo y observándonos cu-

riosos. Por todas partes los impalas, cebras, jirafas y elefantes atraen nuestra curiosidad, así como también algunas escasas aves muy bonitas. Los guías permanentemente nos ilustran acerca de las costumbres de los animales, la flora vegetal autóctona, y nos explican el sistema utilizado por los técnicos del establecimiento para mantener el equilibrio biológico de tantos y tan distintos especímenes silvestres. Mediante helicópteros censan constantemente las existencias y los procreos, matando desde el aire a los más viejos cuando su número aumenta por demás; parece ser que los elefantes son los que mayores problemas plantean con su crecimiento numérico, mientras que las inermes pero prolíficas impalas, se regulan con el intenso consumo que de ellas hacen miles de leones, tigres y leopardos.

Tomamos un descanso y el tradicional té de las once en el campamento de Letaba, y seguimos para almorzar en el pintoresco campamento de Olifans. sobre el río del mismo nombre, ambos lugares imitando las casas cilíndricas de los negros, pero con gran confort. Durante toda la tarde continuamos nuestra gira por los caminos rectos o sinuosos, procurando avisorar y grabar en nuestras cámaras las selváticas visiones que se nos ofrecen a cada paso. El interés no decayó en ningún momento, así como tampoco nuestra admiración por la organización de tan extraordinaria reserva de ejemplares indómitos; aunque no se ve la mano del hombre, se aprecia su acción para el aprovisionamiento de elementos vitales para los animales, especialmente aguadas artificiales, y también su habilidad para dejar el ambiente tal cual fué creado, por la madre naturaleza.

Durante el camino de regreso al confortable motel Impala Inn de Phalaborwa, el guía nos informa que existen cercanas o muy alejadas numerosas reservas privadas con iguales características al Kruger Park, cuyos dueños conservan la fauna autóctona para cotos de caza, organizándose frecuentes safaris a huéspedes de gran significado social y económico. Nos cuenta que en 1930 esas tierras salvajes y en apariencia secas, improductivas, se vendían a cuatro chelines la hectárea, pero actualmente se pagan hasta mil rand (rand. moneda sudafricana equivalente a 1.6 de dólar americano); al sur del Kruger, una sociedad integrada por 56 familias poseen una reserva de 125.000 hectáreas, y a veces venden pequeñas fracciones a precios fabulosos. Después pasamos a la vera de algunos de estos establecimientos, con

sus impresionantes alambrados de seguridad, y a través de los cuales es posible visualizar esa notable vida silvestre.

La ganadería sudafricana.

Evidentemente que la faz agropecuaria de esta refulgente república enclavada en Africa, debe ser y es una gran atracción para los visitantes argentinos, abocados a la ganadería del norte subtropical, en latitudes similares. No obstante ser este país el principal productor mundial de minerales, oro, brillantes, carbón, uranio, etc., cuyo incalculable valor le da una fortaleza y bienestar perceptibles en sus avances socio-económicos, no por ello dejan de tener considerable importancia la agricultura —cuantiosas cosechas de trigo, maíz, sorgo, maní, girasol, azúcar, tabaco, cítricos, frutas, etcétera, fundamentan una gran riqueza y originan industrias— y la ganadería altamente perfeccionada y expandida —bovinos 12 millones y medio de razas Africander, Brahman, casi todas las europeas, y nuevas variedades obtenidas por cruzamiento; ovinos 40 millones de excelentes razas Merino, Karakul, Persa, etcétera productoras de grandes zafras lanaras y de valiosas pieles, famosas en el mundo; porcinos y equinos en menor proporción—, dan eminente carácter agropecuario a esta progresista nación. Dejemos de lado sus valores turísticos —moderna industria sin chimeneas— de un futuro ya iniciado, al amparo de lugares de belleza y curiosidades exclusivas en el orden internacional.

Visitamos en Johannesburg la 63.^a Exposición Rand Show —algo así como nuestro clásico certámen de Palermo— organizada por la Witwatersrand Agricultural Society, en el amplio local propio del Milner Park. Esta importante muestra ganadera, comercial e industrial, cuenta con numerosos galpones para bovinos, ovinos, equinos y porcinos. En el de los bovinos, el más importante, se exhibían razas europeas para carne (Aberdeen Angus, Shorthorn, Hereford y Charoláis), de doble propósito (Pardo Suizo, Lincoln Red Shorthorn, Red Polled, Simmenthal o Fleckvieh, South Devon, Dexter, Sussex, Drakensberger y Pinzgauer), y lecheras (Friesland u Holandés, Avrshire y Jersey), la raza local Africander, la más numerosa, y la Brahman integrando un buen conjunto. Recorrimos también el Matadero Municipal de Newton que abastece carne a la ciudad. Y en nuestro prolongado recorrido, que abarcó las principales provincias, nos recibie-

ron en cabañas, estancias, “feed-lot”. Facultad de Veterinaria, Instituto de Onderstepoort. Roodeplaat Experiment Station del Ministerio de Agricultura, de modo que pudimos aquilatar bastante bien el progreso de su ganadería y el avance de las ciencias afines.

El 60% del stock bovino lo integra la raza autóctona Africander, muy peculiar por su volumen corporal, grandes cuernos laterales, color colorado cereza, muy rústica y apta para climas secos; sin embargo, su producción de carne no basta para el consumo interno y debe ser importada de países vecinos. Una antigua y eficiente asociación de criadores lleva sus registros genealógicos y promueve un continuo perfeccionamiento de este interesante ganado. La raza cebú Brahman está adquiriendo gran predicamento —como pasa en casi todos los países del mundo tropical— y el interés que provoca ha determinado también un alza considerable en los precios de los reproductores; evidentemente, *se* advierte un gran futuro a su expansión en ese medio ecológico que le es tan favorable. Las razas europeas, si bien tan perfeccionadas como en otros países, se ve experimentan en su adaptación la acción negativa del clima cálido, que le es tan perjudicial a su desenvolvimiento.

El ganado ovino tiene importancia incuestionable: después de Australia está en el primer lugar en el mundo por su fina zafra lanera: la raza Merino Australiano es otro de sus grandes valores, por la calidad de sus vellones, que se venden en Europa para las fábricas más refinadas. El Karakul, por su parte, tiene fama mundial, y es base de riqueza por la calidad y cantidad de las pieles que exporta.

Muy destacable es además la explotación de la cabra de Angora, con una abundante y excelente producción de pelo “mohair”, de insaciable demanda en mercados del exterior.

La avicultura está muy desarrollada: existen establecimientos privados productores de pollos de doble pechuga, con magníficos galpones de capacidad impresionante.

Pero merece un párrafo especial una novedad y proficua industria única en el mundo: la producción de valiosas plumas de avestruz. La misma tiene un área de explotación muy específica, en una zona alta de áridos páramos, cuyo centro es la ciudad de Oudtshoorn,

en la provincia del Cabo. Se crían en esa zona más de cien mil ejemplares gigantes, en sistemas muy avanzados, practicando alimentación y selección científica —se llevan registros genealógicos y de producción similar a los utilizados en otras especies domésticas. Visitamos el “Safari Ostrich Farm”, uno de los tantos dedicados a esta original actividad, que produce plumas, pieles y otros productos, pero que además sirve a intereses turísticos. Luego de una explicación del propietario sobre este animal, sus costumbres —curiosamente es monogámico— y la alimentación suministrada —alfalfares mantenidos con abono y riego—, observamos una hembra empollando bajo dos bastidores de paja protectores, asistimos al desplume en caballete apropiado, de un macho (negro y con grandes y vistosas plumas blancas en las alas, mientras que en las hembras son grises), y por último, nuestros jóvenes amigos montaron ejemplares “en pelo” ante la hilaridad general, y luego asistimos a una curiosa carrera de tres ejemplares jineteados por operarios negros.

Al margen del atractivo turístico, bien cultivado por cierto, está el comercio mundial de las plumas blancas del macho, que son lavadas, peinadas y preparadas en manojos vendiéndose en cooperativas muy bien organizadas de varias ciudades, con el único destino de la exportación y a unos precios impresionantes. Por cierto que está prohibido la salida de ejemplares vivos y de huevos.

Como corolario de este viaje diríamos, que la visión de la vida animal en Sud Africa es un cuadro polifacético excepcional, de atractivos únicos; y turísticamente, se ubica por lo exótico en planos iguales o superiores al de cualquier nación de avanzada en la materia.